

nes del país) se inauguró en la Sala de Exposiciones del Ministerio de Educación, comentada por el profesor don Jorge Alfaro. El Miércoles, en el Teatro Baquedano se exhibieron películas nacionales fundadas en el folklore o en temas regionales. El Sábado, en el Teatro Municipal, el Instituto de Investigaciones del Folklore, ofreció un Festival de Danzas y Cantos Folkloricos, en el que tuvieron destacada participación las Hermanas Loyola, danzarinas y cantantes de nuestro folklore, el Conjunto Chileno de la D. I. C. y otros cultivadores de la música popular. La Semana del Folklore se cerró con un concierto en el Teatro Municipal, organizado por el Ministerio de Educación, en el que participaron en la interpretación de obras basadas o recogidas del folklore coros de las escuelas primarias y normales, dirigidos por la profesora Laura Reyes y conjuntos de cantantes y guitarristas dirigidos por la profesora Carmen Cuevas.

CONCIERTOS

EUGENE ORMANDY CON LA SINFONICA DE CHILE

El más rotundo triunfo acompañó a las actuaciones del director norteamericano Eugène Ormandy al frente de nuestra Orquesta Sinfónica de Chile, en los tres conciertos que estuvieron a su cargo, dentro de los de abono de la actual temporada, el extraordinario que interpretó el 5 de Agosto y el celebrado en Viña del Mar dos días antes.

Ormandy pertenece por entero a esa categoría de deslumbrantes virtuosos de la orquesta, en quienes una dúctil sensibilidad se ofrece unida al absoluto dominio de todos los recursos de la técnica. El director titular de la Sinfónica de Filadelfia es un artista de avasalladora personalidad; para usar un término gastado, pero nunca más justo que en este caso, es un verdadero mago de los sonidos. Las obras que pasan por sus manos, que modela en el aire con esa plasticidad admirable que es su don, adquieren nueva vida, muchas veces calor insospechado. Son comunicadas a sus oyentes sin que nada se pierda de su fuego interior, que parece como duplicarse. No podrían señalársele otros reparos a tan poderoso intérprete que los inherentes a toda gran personalidad. Hay músicos y estilos que le son más cercanos, exacta la correspondencia entre sus peculiares medios expresivos y los de la composición ejecutada. Cuando esto ocurre, como dentro de los conciertos que comentamos con la «Rapsodia Española» y «La Valse» de Ravel, se produce el milagro. Cuando no, la personalidad del intérprete-virtuoso se sobrepone a la íntima verdad de la obra que nos transmite. La Quinta Sinfonía que le escuchamos era demasiado de Ormandy, para serlo del todo de Beethoven. No ignoro que a la gran mayoría de los aficionados, un poco fatigada,—por más que con tanta reiteración lo solicite,— de oír la sempiterna Sinfonía, le agradasen

algunos nuevos ángulos desde los cuales se enfocaba su conocido discurso. Pero, en mi modesta opinión, siempre preferiré la Quinta Sinfonía de Beethoven, incluso en su ya marchita pureza, a la Quinta Sinfonía arrebatada de Toscanini, a la efectista de Stokowsky o a la vista con excesivamente minuciosos ojos de Ormandy. ¡Quién sabe si el genial sordo también la prefiriese más en crudo!

Entre ambos polos,—la Rapsodia Española y la Quinta Sinfonía,— Ormandy nos ofreció versiones, para las que no es posible hallar adecuados elogios, de la Segunda Sinfonía de Brahms, los Nocturnos para orquesta de Debussy, el estreno de «Las Vírgenes Prudentes» de Bach-Waltom, la Música Fúnebre de «El Ocaso de los Dioses» de Wagner, oberturas de Beethoven y Weber y los dos máximos poemas sinfónicos de Ricardo Strauss: «Till Eulenspiegel» y «Muerte y Transfiguración». Este último quizás con una visión un poco fragmentaria, al menos para nosotros que estamos habituados a escuchárselos a Fritz Busch, intérprete inigualable de la música alemana de fines del siglo. La Sinfonía de César Franck, en la hermosa versión que Ormandy y la Sinfónica de Chile,—conjunto que es justo señalar que se superó a sí mismo en estos conciertos,— nos ofrecieron, mostraba más al desnudo sus defectos, Paulatina decadencia en la sucesión de sus tiempos; excesiva corpulencia para un espíritu no tan fuerte como para animar ese tan fatigado cuerpo. Debussy ya señaló en sus caústicos juicios los peligros que reporta abordar las grandes formas sinfónicas, cuando la llama del espíritu no se basta a caldear la ceniza acumulada sobre él por los años.

VICTOR TEVAH Y HERMINIA RACCAGNI

El décimo quinto de la temporada sinfónica, fué un concierto en el que de nuevo pudimos admirar el arte de director de Víctor Tevah, secundado por el de la joven pianista Herminia Raccagni, a cada nueva aparición en un grado más alto de maestría. Ambos artistas ejecutaron el «Concierto para la mano izquierda» de Maurice Ravel, con mucho la obra sobresaliente del programa. Su versión de esta vez fué sencillamente de antología, digna, mucho más digna que otras famosas registradas en discos, de ser conservada *per in aeternum*. Confesemos que nos impresionó, tal vez por causas particulares,— mejor conocimiento de la obra, mejor disposición del ánimo,— más que en la ocasión que se la escuchamos a la misma solista con el maestro Kleiber.

Como estrenos, figuraron en el programa el poema para orquesta «Loreley», del compositor italiano, residente hace largos años en el país, Luis Esteban Giarda y la fantasía sinfónica «Romeo y Julieta» de Tchaikowsky. «Loreley» es una obra bien concebida y bien escrita, de acuerdo con la estética quizá un tanto ampulosa de fines del siglo, cuando todavía el ambiente europeo se hallaba estremecido por el fulgor de la orquesta wagneriana. En «Romeo y Julieta», Tevah puso a disposición de nuestros oídos el completo muestrario de cuanto hay en la música de Tchaikowsky, lo bueno

y lo malo, con mayor abundancia de lo último. En la muy dilatada fantasía, tan poco shakespeariana como es posible, están como en esbozo las sinfonías y los otros poemas que, pasados los años, escribiría el hoy tan altipreciado músico ruso.

En las tres obras citadas Víctor Tevah y la Orquesta demostraron lo mucho de que son capaces. Director y conjunto cumplieron una labor de perfección absoluta. No podemos decir otro tanto de la ejecución de la Sinfonía Júpiter de Mozart, muy por bajo del nivel alcanzado en las otras partes del programa.

CONCIERTOS POPULARES Y EDUCACIONALES

La serie de conciertos sinfónicos populares en los barrios de la capital se prosiguió, desde el 16 de Julio al 7 de Agosto, con tres conciertos ejecutados en las salas de los teatros Oriente, Novedades y Alameda. Fueron dirigidos por el maestro Carvajal y como solistas participaron, en cada uno de ellos, las pianistas Flora Guerra y Herminia Raccagni y el violinista Tito Lederman.

En cuanto a los conciertos educacionales de la Orquesta Sinfónica de Chile, continuó la serie de los correspondientes al presente año, para los alumnos de Secundaria, en el Teatro Municipal, los días Martes. Aparte de ellos, Eugene Ormandy, como antes Fritz Busch, ofrecieron un concierto educacional extraordinario a los escolares de Santiago.

El Sábado 3 de Agosto la soprano y guitarrista brasileña Olga Prager de Coelho, ejecutó un concierto educacional, con música folklórica americana de los siglos XVIII, XIX y XX, en el Teatro Baquedano. El Domingo 11 de Agosto, a las once de la mañana, el Coro de la Universidad de Chile, dirigido por Mario Baeza y la Sinfónica de Chile, bajo la dirección de Armando Carvajal, interpretaron un nuevo concierto educacional para estudiantes universitarios, en el Teatro Municipal. El Coro ofreció versiones del «Alleluia» de «El Mesías» de Händel y del Versículo VII de la Cantata N.º 4 de J. S. Bach, y los Himnos del Estudiante Americano y de la Universidad de Chile, de los compositores Soro y Amengual, respectivamente. La crítica en general ha destacado el indudable progreso experimentado por esta juvenil masa coral, de la que esperamos nos sea dado oír algún concierto en fecha próxima. Mario Baeza acreditó una vez más sus extraordinarias condiciones como director de coros.

FESTIVAL DE DANZAS Y FUNCIONES DE BALLET.

El Cuerpo de Ballet de la Escuela de Danza del Instituto de Extensión Musical, inició sus actividades públicas de este año en Santiago con un Festival, que ejecutado por primera vez el 25 de Julio, hubo de ser repetido, con gran éxito, en tres funciones más. A este programa de danzas, han seguido, hasta la fecha en que se cierra esta crónica, tres reposiciones del ballet «Coppelia» con otros actos de ballet, ejecutados con esa perfección que en otras ocasio-

nes hemos destacado en el conjunto de danzarines que tiene por director a Ernst Uthoff. Todas las actuaciones del Cuerpo de Ballet fueron acompañadas por la Sinfónica de Chile, dirigida por Víctor Tevah.

El Festival de Danzas merece un comentario detenido, por cuanto permitió apreciar en las actuaciones solísticas de algunos de los alumnos más avanzados de Uthoff, Lola Botka y Rudolf Pescht un considerable progreso. Permítasenos aventurar algunos juicios sobre estas actuaciones de solistas, en el orden en que fueron presentadas:

Virginia Roncal danzó unas «Visiones» sobre música de Musorgsky. Como en el caso de los demás alumnos que actuaron a solo, la elección de la música y la interpretación coreográfica eran obra original de la ejecutante. Con muy buen criterio, el maestro Uthoff permitió a sus alumnos una completa libertad en estos aspectos, para mejor constatar la madurez por ellos alcanzada.

Virginia Roncal es demasiado joven, casi una niña, y no puede disponer de la suficiente técnica como para conseguir, a pesar de su sobresaliente temperamento de danzarina, los ambiciosos propósitos que la animaron. Una música esencialmente psicológica, unas visiones de terror y de ensueños en pesadilla, son demasiado dura prueba para un danzarín no avezado.

Yerka Luksic, en «Zarabanda» de Bach, evidenció su exquisito gusto y el dominio de un expresivo lenguaje de gestos, que la permitieron el año pasado triunfar en La Muñeca de «Coppelia». En este caso su actuación no llegó a la misma eficiencia por dos razones principales; primera, interpretar una concentrada tragedia sobre una música de las menos trágicas que escribiera Bach; segunda, lo inadecuado del vestido,—en sí mismo bellísimo,—pero que acusaba angulosidades y cortes de planos que, en ocasiones, hasta contradecían el ondulante ritmo musical.

Luis Cáceres en «L'Heure du Berger» de Poulenc, realizó una interpretación aérea, sutilísima, dentro de los cánones de la danza clásica tradicional, de la que parece disponer de un amplio dominio. Sobre otra pieza de Poulenc, «Movimiento Perpetuo», Carmen Maira ejecutó la vaporosa danza, de una como animada figura de porcelana inglesa; o mejor aún, de aquellas siluetas femeninas que se complació en evocar Dante Gabriel Rosetti en su pintura «pre-rafaelista». En contraste, Lilian Blum, en su «Danza en Rojo», música de Wladigeroff, trazó el movimiento denso de una mancha de fuego, sobria, crepitante, en una expresión violenta no siempre bien conseguida. Mas nos impresionó de esta danzarina su papel en el Vals a dúo del «Fausto» de Gounod, que bailó con su hermana Ana Blum. Su fuerte sentido rítmico la hace ganar mucho en expresión cuando se acompasa al ritmo estricto de una danza. Así, en sus interpretaciones de gitana en «La Traviata» o en «Coppelia».

Malucha Solari y Patricio Bunster en «Idilio», sobre una polka de Shostakovich, llevaron a cabo el mejor de los números solísticos del programa. Conseguir una mezcla tan perfecta, sin que los componentes se destruyan, sino que se presten mayor realce unos a

otros, de ciertos procedimientos del ballet clásico, la pantomima expresionista y la danza de music-hall, (en la más inteligente estilización) es ardua empresa. Que tan jóvenes bailarines triunfaran en ella como triunfaron no hace sino confirmar las fundadas esperanzas que en ellos se tienen para el futuro del ballet en Chile. En «Locura de Guerra», Malucha Solari nos ofreció otra vez el ejemplo de cuanto a sí misma se exige, de la seriedad y de la tenacidad en su trabajo, con que esta bailarina se está formando.

Blanchette Hermansen en «Jugando», sobre una horrorosa música de un señor Mayerl, y Lissy Wagner en el «Cake-Walk» del «Children's Corner» de Debussy, no estuvieron muy acertadas. La primera, por falta de imaginación, (aunque, en verdad, ¡que más se podía hacer con esa música!); la segunda, por errores en cierto modo extraños a la danza. Ante todo, el vestido, que hizo desmerecer todo su trabajo. Después, por no expresar del todo, sino a medias, la ironización «fin de siglo» que sin duda había concebido del «cake-walk». Por fortuna, en todas sus demás actuaciones de esta tarde, como solista en las danzas en conjunto o como parte del conjunto mismo, Lissy Wagner corroboró que bien puede contarse entre las alumnas más distinguidas de la Escuela dirigida por Uthoff. De Rudolf Pescht en «El Cazador» de Bártok, nada hemos de decir que no sea el repetido elogio a su indiscutida maestría.

Figuraron junto con los solos en el programa de este Festival, actos de ballet estrenados en otras temporadas, como el de Los Pastores de «Manón», la Bacanal de «Thais» o el Ballet Egipcio de «Aída»; caracteres de estreno presentaba el corto ballet de la ópera «Caupolicán» del maestro Acevedo. Sobre las indicaciones aportadas por el estudioso de la música araucana don Carlos Isamitt, construyó Uthoff uno de sus mayores aciertos coreográficos.

QUINTO Y SEXTO CONCIERTO DE CAMARA

El quinto concierto del abono de música de cámara nos ofreció la oportunidad de escuchar por primera vez en público, y en un programa de alta categoría, a la joven soprano chilena Carmen Barros. Esta cantante puede contarse desde luego entre los valores más promisorios de nuestro arte lírico. Aparte de sus excelentes condiciones vocales, posee una brillante técnica y una no menos educada sensibilidad, que le permitió ofrecer interpretaciones de tan rara perfección como las del aria de Händel «Chi o mai vi possa» y las del lied de Schubert «Risas y Lágrimas». En «Chi vuol la zingarella» de Paisiello o en el recitativo y aria del Arcángel San Gabriel de «La Creación» de Haydn, se insinuó un cierto desajuste de matices, producto a nuestro entender de hallarse esta soprano en una como etapa de transición entre la soprano lírica y la soprano dramática. El puro juego de coloratura, en ella no se mantiene como tal, sino cuando va acompañado de necesidades expresivas.

El Cuarteto del Instituto, ejecutó el en Si bemol Op. 67 de Brahms y el Dórico de Respighi. La interpretación, sobre todo de las muy difíciles páginas de la obra de Brahms, no estuvo a la al-

tura de lo que estas obras exigen. Zoltan Fischer, en su parte de viola, predominante en el Cuarteto en Si bemol, se desempeñó con absoluta corrección, pero el desequilibrio que otras veces hemos señalado en la composición del conjunto, alcanzó un mayor relieve en este concierto.

David Van Vactor, como compositor y como ejecutante, tuvo a su cargo la mayor responsabilidad en el sexto concierto de cámara. Faltan adjetivos para calificar las versiones que nos hizo escuchar de Sonatas de Daniel Purcell, Händel e Hindemith en la iniciación del programa, acompañado por el pianista Carlos Oxley. En las otras dos partes, el músico norteamericano ejecutó una Suite para dos flautas, con Juan Bravo como segunda, y un Quinteto para flauta y cuerdas, con el Cuarteto del I. E. M. Ambas obras, de su composición.

Van Vactor es un verdadero músico en toda la extensión del término. Su escritura es clara, ajustada a los recursos de los instrumentos, en todas sus posibilidades técnicas y expresivas, y rica de contenido. Un espíritu burlesco se impone en la Suite para dos flautas, cuyas limpias líneas contrapuntísticas sugieren las más interesantes armonías, sobre una rítmica de variedad incansable. En el Quinteto, cada uno de los tiempos es obra de un auténtico maestro. El *Larghetto*, la página más bella que hemos escuchado de Van Vactor, nos atrevemos a situarlo delante de la primera línea de lo mejor que hayamos tenido oportunidad de conocer en la joven música norteamericana.

CLARA OYUELA, LIEDERISTA ARGENTINA

Son pocos, pero como una de las raras excelencias del arte, existen todavía en este siglo pedantesco en que vivimos intérpretes que, además de disfrutar de una cuidada técnica, tienen espíritu suficiente para que desborde de esos límites. Nos resignamos tantas veces y nos damos por tan satisfechos con el simple virtuoso que cuando nos hallamos en presencia de un artista de cuerpo entero,— no sólo con el instrumento, sino también con el alma de un artista,— el júbilo nos embarga, hasta el punto de no hallar términos con qué expresarlo. Señor crítico, nos dice, ¿qué puede usted hacer ahora con sus pálidos y gastados adjetivos?, ¿illegará hasta tanto su torpeza como para que en este caso se dé por satisfecho con hablar de articulación de los sonidos, de dicción perfecta, de fidelidad a *la letra* de lo escrito? Que el lector nos perdone; ante el recital de la soprano argentina Clara Oyuela en el Cervantes,— séptimo concierto de abono de música de cámara.— nos vamos a limitar a decir que su técnica es perfecta y su espíritu, su delicada y maravillosa personalidad, bastante grande como para hacernos olvidar todas las técnicas y gozar tan solo de la música, de la verdadera música a cuyo servicio están todos los otros artificios.

Clara Oyuela, en la interpretación de «Scherezada», acompañada por la Sinfónica de Chile, bajo la dirección de Van Vactor, se nos reveló ya como una excepcional intérprete de los modernos

franceses. En este concierto tuvo ocasión de ofrecernos cumplida muestra de la comprensión, el buen gusto, la honda musicalidad con que penetra en ese reino sutil de poesía que representa el arte de la canción francesa, desde Fauré a Debussy. En las demás obras del programa, la soprano argentina, con ductilidad admirable para desentrañar los más distantes estilos, nos hizo conocer admirables versiones de lieder de Schumann y Brahms y arias de Händel, Bach y Mozart. De este, el «Batti, batti o bel Mazetto» de Zerlina en «Las Bodas de Fígaro». Decir con propiedad la gracia mozartiana-es mucho; mas dar vida, con la mayor justeza, a la ironía, a la ternura, a todo ese complejo de sensaciones en que reside el encanto de Mozart, es más que mucho y la artista lo alcanzó en forma imponderable.

Una mención aparte merece en este concierto la ejecución de dos canciones del compositor argentino Alberto Ginastera y otras dos de los chilenos Domingo Santa Cruz y René Amengual. En cuanto a la interpretación, tendríamos que repetir cuanto hemos dicho. Pero no interesa destacar, tanto en Ginastera como en los músicos chilenos, la excelente calidad de un arte americano que ha llegado en menos de un cuarto de siglo de evolución de la cultura musical en estas tierras, a la misma altura, por completo a idéntico grado de excelencia que las más altas representaciones en estos géneros del arte, clásico y moderno, europeo.

S. V.

RECITALES DE CLAUDIO ARRAU

En la primera quincena de Julio el eximio pianista chileno actuó en el Teatro Municipal en tres conciertos; un cuarto fué organizado como extraordinario, a beneficio del «Hogar de Cristo». Todos ellos contaron con un completo lleno; el público se disputó con varias fechas de anticipación a las señaladas para cada recital, el privilegio de escuchar a quien, hoy por hoy, es el máximo ejecutante de la música para piano.

En los programas seleccionados para estos conciertos fué de advertir la inclusión de obras como los Juegos de Agua de Liszt y los de Ravel, la Serenata de Strawinsky, la Suite Nápoles de Poulenc y otras de músicos modernos, que no con frecuencia suelen ser ofrecidas en conciertos de los grandes virtuosos. Arrau, que dispone de un amplísimo repertorio en los dominios de la música clásica, interpretó junto a las composiciones de aquellos grandes maestros, buen número de composiciones modernas que descubrían así lo rico de su personalidad, su inteligencia múltiple, su sensibilidad siempre despierta para ofrecer todos los aspectos del arte que abarca la música para piano.

UN NUEVO VALOR: MARIO MIRANDA

A principios de Agosto, el joven pianista Mario Miranda actuó en el Teatro Municipal en dos conciertos. Existía considerable an-

siedad por escucharle. Mario Miranda contaba con una fulgurante fama de niño prodigio y desde aquellos éxitos de su infancia se sabía que prefirió retirarse de la vida pública de los conciertos para llevar a cabo profundos estudios del piano. Desde la primera obra de su primer concierto, el joven pianista,—que ahora cuenta unos veinte años,—desvaneció todos los pesimismo y las inquietudes que se levantan ante el sólo anuncio de la reaparición de un artista que fué niño prodigio. La experiencia de infinidad de casos repetidos, autoriza la predisposición a las desilusiones. Nada de esto, repetimos, ocurrió en el caso de Mario Miranda. Al contrario, puede ya desde ahora afirmarse que Chile cuenta con un nuevo émulo de los grandes intérpretes con que la música para teclado cuenta en el país.

Sus versiones de clásicos como Bach y Beethoven, de músicos modernos como Debussy y Poulenc, favorecen los mejores auspicios sobre el porvenir que espera a este pianista, desde su admirable realidad del presente. La crítica de Santiago lo ha reconocido así unánime.

PRIMER CONCIERTO DE «NUEVA MUSICA».

Nuestros lectores están ya informados de la constitución y fines de la Sociedad «Nueva Música». El primer concierto organizado por esta agrupación de jóvenes compositores, intérpretes y estudiosos de la música, fué ofrecido en el Auditorium de Radio Sociedad Nacional de Minería, el 15 del pasado mes de Julio. Actuaron el pianista Oscar Gacitúa y el Cuarteto de Cuerdas Wang. Este conjunto interpretó el llamado «Cuarteto de las Disonancias» de Mozart y el del compositor chileno Alfonso Letelier. Si la versión del primero fué estimable, la del segundo no pasó de una superficial lectura, que mejor es no comentar.

Oscar Gacitúa ejecutó de manera ejemplar los Cuatro Estudios para piano Op. 7 de Strawinsky y unas Variaciones y Fuga sobre un pregón santiaguino, de Juan Orrego Salas, compositor chileno que en estos momentos se encuentra en los Estados Unidos becado por la Fundación Guggenheim. Perfecta escritura instrumental, fantasía, buen gusto, son cualidades que resaltan en la composición de Orrego Salas.

OTROS CONCIERTOS

En el Instituto Chileno-Británico de Cultura, se efectuó el 30 de Julio un concierto consagrado a obras de músicos chilenos contemporáneos. El Cuarteto Wang ejecutó la composición de este género escrita por Domingo Santa Cruz; con la colaboración del pianista Carlos Oxley, Fredy Wang y Hans Loewe tocaron el Trío para piano, violín y violoncello, de Enrique Soro; la soprano Ruth González cantó lieder de Leng, Letelier, Montecino, Fraser y Emma Ortiz.

* * *

El Cuarteto de Cuerdas Wang ofreció, el 19 de Agosto, un nuevo concierto en el Instituto Chileno-Norteamericano de Cultura. Ejecutó el cuartetito llamado de «La Muerte y la Doncella» de Schubert, el Nocturno de Borodín, el Andante Cantabile del Cuartetito de Tchaikowsky y una pieza para cuartetito del músico norteamericano Wall.

* * *

La danzarina rusa Marina Svletova ofreció algunos recitales en una corta temporada, que tuvo lugar en el Teatro Municipal, a principio de Agosto. Marina Svletova es una danzarina de acabada técnica, uno de los mejores exponentes que van quedando en Occidente de la escuela clásica del ballet ruso. El conjunto que la acompaña, en sumo grado mediocre, colaboró con la primera bailarina en la interpretación de números de ballet, dentro del género de la «danza de concierto».

PROVINCIAS

La afamada soprano chilena Blanca Hauser y la folklorista brasileña Olga Prager de Coelho, han sido las solistas enviadas al sur del país en Julio y Agosto por el Instituto de Extensión Musical, dentro de las jiras de conciertos organizadas en el curso de este año.

Ambas cantantes obtuvieron señalados éxitos en los conciertos ordinarios de sus jiras y en los educacionales, organizados en colaboración con el Departamento de Cultura y Publicaciones del Ministerio de Educación.

VIÑA DEL MAR Y VALPARAISO

La Orquesta Sinfónica de Chile actuó el 13 de Julio en el Teatro Municipal de Viña, en concierto dirigido por el maestro Fritz Busch. El programa lo formaron la suite del ballet «Pulcinella» de Strawinsky, las «Doloras N.º 1 y 3» de Alfonso Leng, el poema sinfónico «Moldava» de Smétana y la «Primera Sinfonía» de Brahms.

El 3 de Agosto, la Sinfónica volvió a actuar en Viña, bajo la dirección de Eugene Ormandy, en un concierto formado por la «Quinta Sinfonía» de Beethoven y composiciones de Debussy y Ravel. Estos dos conciertos sinfónicos fueron organizados por el Instituto de Extensión Musical y la Sociedad Pro-Arte de Viña.

El pianista Claudio Arrau, el arpista Nicanor Zabaleta y el organista Helmut Haas, se presentaron también en conciertos celebrados en el vecino balneario.

CHILLAN

La Sociedad Santa Cecilia, de esta ciudad, celebró el aniversario de su fundación con un concierto en el que tomaron parte la nueva orquesta de la Sociedad y el violoncellista francés Nicolás Arene.

En el Colegio Adventista continúa la serie de conciertos en discos de obras famosas, a los que asiste el alumnado y gran número de invitados de la ciudad. En el último concierto de esta clase se dió a conocer la grabación del Concierto para violín y orquesta de Beethoven en su interpretación por Fritz Kreisler. Una breve charla sobre el autor y el contenido de la obra precedió a la audición.

CONCEPCION

La Orquesta del Liceo de Hombres ofreció el 5 de Julio un concierto en el Teatro Concepción, obteniendo un grandioso éxito. En este concierto se presentaron también los Coros del citado Liceo, que interpretaron versiones para este tipo de conjuntos, de canciones folklóricas chilenas de los Siglos XVIII y XIX. Orquesta y Coros fueron dirigidos por el señor Raúl Rivero Pulgar, profesor de música del Liceo. El Rector, don Julio Sáez Morales y el profesor Alberto Montiel, pronunciaron unas palabras como introducción a las dos partes en que el programa estaba dividido. El señor Montiel, profesor de Filosofía del Liceo, consagró su charla a «El arte popular como expresión de la sensibilidad de los pueblos».

VALDIVIA

El 20 de Junio se interpretó en la Iglesia Alemana un concierto espiritual, en el que se escucharon composiciones para órgano de Juan Sebastián y Felipe Manuel Bach; para violín y órgano de J. S. Bach, Händel y Haydn y arias para soprano de Buxtehude, Händel y Bach. Los ejecutantes fueron el organista Robert Dick, el violinista Horst Drechsler y la soprano Trude Stickel.

El Conservatorio de Música Valdivia, organizó una conferencia-concierto sobre la personalidad y la obra de Carlos María Weber. Las composiciones de Weber que ilustraron la disertación fueron ejecutadas por profesores y alumnos del Conservatorio citado.

ACTIVIDADES MUSICALES EN EL EXTRANJERO

ARGENTINA

La Orquesta de la Asociación Sinfónica de Buenos Aires ha ofrecido una serie de conciertos, a cargo del director ruso-norteamericano Jascha Horenstein. Estos conciertos tuvieron lugar en